

Milagrería y pensamiento mítico como resistencia negra

Rodrigo Vélez Ángel



Chabacú a principio del siglo xx

Entrada

Aquiles Escalante, en su libro *El negro en Colombia* (1964), nos dice que “el etnoafricano únicamente ha sido estudiado en forma secundaria por algunos historiadores” (p. 6), y agrega que “para lograr una visión multidimensional del problema, es imperiosa la colaboración de la antropología, la sociología, la economía y las demás ciencias sociales. Es lo

usual [concluye] en otros países americanos donde se ha dejado sentir el influjo del hombre de color” (p. 6). El desalojo a los moradores afrodescendientes del barrio Chabacú, en Cartagena de Indias, no pasó desapercibido para el dramaturgo colombiano Régulo Ahumada Zurbarán (1919-2010).¹

Después de muchas disputas legales entre el municipio, la comunidad, y diferentes agentes externos, en 1972 el barrio Chabacú fue erradicado y sus pobladores reubicados en zonas periféricas de la ciudad. El incumplimiento en las condiciones de reubicación de esta comunidad de bajos recursos, su estigmatización social y abandono estatal han quedado grabados en piedra en la historia del país. La obra dramática *Chabacú** (1962),² es representativa de la resistencia de este pueblo negro en el que se cebaron la discriminación y la opresión.

Aquiles Escalante, en *El negro en Colombia*, nos dice que el morador de la costa Caribe porta una serie de ideas que le distinguen su proclividad mítica. Mientras España, en el siglo xvi, perseguía con enojo a judíos, moros, protestantes y toda fe contraria a la Corona, comisionados españoles encontraron, en su lugar, que en Riohacha holandeses y judíos podían practicar felizmente sus religiones (1964: 8). Del mismo modo, los personajes de la obra *Chabacú*, en el siglo xx, han sincretizado valores míticos de resonancia africana, agüeros americanos y catolicismo enfriado. El pensamiento mítico en la obra de Ahumada Zurbarán es medular. La religión, la milagrería y el mito se han constituido para las poblaciones amenazadas culturalmente por poderes económicos y macroeconómicos en símbolo de resistencia social.

I Cartagena en la trata del hombre de color

Cartagena de Indias, como puerto principal de América en la trata de negros, presentaba una pigmentocracia en la que el negro existía como un bien de consumo económico que lo ubicaba en la escala más baja. Clasificación lamentable, pues el hombre de ébano participó en las obras públicas de la Nación, la artesanía, la agricultura y la cultura que consolidaron la Nueva Granada desde su condición de esclavizado (1964: 9).

Los portugueses entraron a hacer sus exploraciones en las costas africanas a mediados del siglo xv como los principales explotadores de la esclavitud. En 1434 traspasan el Cabo Bojador. En 1441 Portugal presenta por primera vez un cargamento de hombres de África. En 1484 los portugueses descubren el río Congo, donde establecen fortalezas y, dos años después, en 1486, a seis años de la Conquista de América, Bartolomé Díaz dobla el Cabo de las Tormentas. Este dato es una desgracia para la historia de la esclavitud, pues en esa expedición al África de 1486 iba embarcado el jovencito Cristóbal Colón. Así las cosas, con la experiencia portuguesa y el hombre de ébano sustraído de su continente, la máquina de la Conquista americana estaba madura.

Cuando en 1503 aparece la trata negrera en América, Nicolás Ovando, gobernador de La Española, Indias y Tierra Firme, pidió al gobierno que no se enviasen negros esclavos porque “se huían y juntaban con los indios, enseñándoles malas costumbres y nunca podían ser cogidos” (p. 13). Sin embargo, la solicitud es desatendida, en vista de que “el clima es saludable y los negros se adaptan a él maravillosamente” (p. 13). En la cuantificación de las cargas humanas, el ibérico echó de ver que el trabajo de un negro equivalía al de cuatro indios.

Sin embargo, no pocas observaciones ha despertado entre los opresores el hombre de color. Carl Linné (citado en Vimieiro Gomes, 2012: 62), en *Sistema de la naturaleza* (1735), describió al africano en 1735 como “negligente, indolente. Se unta grasa. Gobernado por el capricho”. Una de las más antiguas observaciones, que recoge Aquiles Escalante, se le debe a Galeno: los cautivos negros al servicio de los griegos se distinguían por la “propensión a una ruidosa hilaridad” (1964: 105). En *Chambacú*, esa “ruidosa hilaridad” que cohesiona es lo que hoy conocemos como *oralidad*.

El negro cautivo que venía de África reaccionó violentamente contra su estatus. Muchos preferían suicidarse antes de sucumbir a ser sometidos. Ya en el barco, generaban amotinamientos no fáciles de aplacar y algunos solucionaban su situación con “zambullidas al mar, donde los esperaban los tiburones” (p. 9). La travesía de los barcos negreros duraba algo más de un año: entre el Mediterráneo y el Congo o Guinea, el viaje duraba de dos a tres meses. En África estaban de tres a seis meses donde se aseguraba la cargazón humana de entre 200 y 700 negros y llegaban a América tras tres meses con condiciones ideales de navegación. La angulación Francia-Guinea-Antillas fue denominada por los marinos “el viaje triangular” (p. 67). En *El negro en Colombia*, Aquiles Escalante escribe:

Al finalizar el viaje, se notaba la huella de la alta mortalidad. Generalmente perecía la mitad del cargamento humano y en ocasiones las dos terceras partes. De ahí que algunos se ahorcaban al saber que se les iba a embarcar en calidad de esclavos. Cuando en el curso del viaje se les presentaba la primera oportunidad, se sumían en el mar (p. 68).

Cartagena de Indias, entre los siglos xv y xvii, se consolidó como uno de los principales puertos negreros de América. La cantante colombiana Totó, *La Momposina*, en su tema *Chambacú*, canta “Chambacú, la historia la escribes tú... La

historia de las murallas/ con sangre la escribió la canalla". Las murallas de Cartagena fueron construidas con la mano de obra negra.

Hacia 1920, la isla aledaña al centro histórico, que se convertiría en el barrio Chambacú, comenzó a ser invadida por habitantes de las afueras de Cartagena: familias de descendientes de esclavos. Para extender el terreno asentable, los chambaculeros volvieron tierra firme los manglares que se extendían entre el continente y la isla y que separaban la isla de las murallas. Así, "...poco a poco se fueron volviendo tierra firme" (como se cita en Ortiz, 2012: 159) con rellenos de basura y cáscara de arroz de una factoría próxima. Habiendo habitado allí durante tres siglos y tras consolidarse como etnia cultural de la Nación, los negros de Cartagena se ubicaron en el barrio Chambacú apelando a un natural derecho histórico. Sin embargo, su situación fue adversa (Ibíd., 159-160).

El barrio carecía de servicios básicos de electricidad y acueducto. El sistema de salud y educación no abarcaba a la población chambaculera; por ende, presentaba proliferación de enfermedades y analfabetismo. Sus habitantes trabajaban en albañilería, construcción y oficios varios en las casas de familias pudientes de la zona histórica de Cartagena. Así (como se cita en Ortiz, 2012: 159), "como es el caso de muchos barrios pobres cercanos a las ciudades, las autoridades nunca se preocuparon por el bienestar de Chambacú y... el barrio llegó a definirse como 'el más grande y antiguo tugurio del país'".

Hacia 1960, cuando Cartagena emergía como una ciudad de importancia turística, empezaron los planes de ordenamiento territorial que veían en Chambacú un barrio que incomodaba y restaba atractivo a la ciudad. Entonces el barrio contaba con casi 9 000 habitantes y 1 200 familias. Tras un complicado proceso de 17 años, los chambaculeros fueron reubicados

en 1972 en los extramuros de la ciudad, pero muy lejos de la zona turística. El proyecto de reubicación prometía un mejoramiento en las condiciones de vida de los hombres y mujeres negros, por lo que accedieron al desalojo, pero ya reubicados y aislados de las zonas turísticas, no tuvieron acceso a educación, salud, electricidad ni agua. Así las cosas, el negro que amuralló a Cartagena de Indias, a su vez fue amurallado en los extramuros de la ciudad. La isla, entonces propiedad del Estado, para 1990 fue vendida a particulares.

II Resistencia negra

Los personajes chambaculeros de Ahumada Zurbarán, entre su periplo socioeconómico y la desgracia de vivir en una sociedad que los excluye, han hecho acopio de creencias rayanas en el mito, la milagrería y la oficialidad religiosa de Colombia. Visto así, encontramos en el drama *Chambacú* una propensión convergente hacia el paganismo por parte del hombre de color al descubrir en la naturaleza sus bases de creencia.

En lo exterior de las cosas, la pobre población chambaculera no hace méritos en la defensa de su territorio inmediato; es decir, el barrio y su desalojo inminente, y que, al contrario, de cara a la maquinaria estatal, su comportamiento es antediluviano, milagrero y retrasado. No es así.

Los pobladores del barrio Chambacú, aislados de los centros de poder, encuentran su fuerza y su resistencia social en la cosecha de mitos que les emparentan comunitariamente, más allá de la situación actual y la miseria asumida, para conectarse por canales mágicos con fuerzas ancestrales que les garantizan el derecho a los bienes de este mundo. Resistentes de creatividad exacerbada, los personajes del drama se relacionan permanentemente por medio de



Obra *Lady Málaga*, foto Álvaro Ruales

oficios fúnebres, parterías, chigüalos o *velorio de angelito*, lecturas de cartas, tabacos, pocillos y coronas de gallinazos, lo que los constituye en una suerte de trasplantación afromítica dirigida por un instintivo impulso de refundación permanente del país africano.

Es problemático que las comunidades pigmentadas de América ignoren historiográficamente su origen profundo de territorios y países con reyes, castillos, imperios y panteones donde los lazos familiares de los dioses locales del continente negro resultan más intrincados que los curiosos enredos que sufren los pálidos dioses griegos. La novela de Alejo Carpentier, *El reino de este mundo* (1949), tiene un breve y extraordinario pasaje en que el esclavo negro Ti Noel se encuentra con un antepasado:

Había acompañado Ti Noel, esclavo, a su amo colono a una peluquería. Mientras espera

afuera, se pasea Ti Noel por las vitrinas de la cuadra y descubre, entre los objetos curiosos que mostraban los mostradores de las tiendas, una curiosidad de cobre [...]

Ti Noel fue atraído, en aquel momento, por un grabado en cobre [...] Representaba algo así como un almirante o un embajador francés, recibido por un negro rodeado de abanicos de plumas y sentado sobre un trono adornado de figuras de monos y de lagartos. [...]

—¿Qué gente es esta? —preguntó atrevidamente al librero [...].

[...] —Ése es un rey de tu país.

No hubiera sido necesaria la confirmación de lo que ya pensaba, porque el joven esclavo había recordado, de pronto, aquellos relatos que Macandal salmodiaba [...]. Hablaba de vastas migraciones de pueblos, de guerras seculares, de

prodigiosas batallas en que los animales habían ayudado a los hombres... llevando el trueno en el parche de dos tambores [...] (pp. 13-14).

Chambacú, barrio levantado frente a la costa del Mar Caribe sobre cuya base se elevan los ranchos palafíticos, lo encontramos habitado por afrocolombianos con creencias míticas intrincadas de elementos y fuerzas centenarias. Así, la conciencia colectiva del antepasado extraordinario, dinástico y mitológico, en la que los ancestros y los difuntos forman parte de la cotidianidad del negro oprimido, le ayuda a estas comunidades a sostenerse con firmeza ante el terremoto, la dictadura y el desalojo.

Así, pues, el africano trasplantado a la América colonial debió encontrar en la manigua los seres que le vinculaban en sus extensiones africanas con sus asuntos trascendentes de vida y, en la práctica religiosa, mitos y magia que la montaña, el río o la lluvia le ayudaban para hacer soportable su condición de esclavizado.

Así, para el hombre de color la defensa de su vida ha estado presente en su historia. Su instinto natural de conservación biológica como esclavizado le presentaba tres situaciones: la primera de ellas, pelear por su vida con tal de no rebajarla ni disminuirla a manos extrañas; la segunda, preservarla de cualquier manera, no importa si esclavizado o sodomizado; y, la tercera, la preferida, huir (Olivella, 1989: 99). En el drama de Régulo Ahumada, es la defensa de la vida comunitaria lo que galvaniza la cohesión social y la práctica milagrosa, mágica y religiosa se constituyen en símbolo de organización psíquica y cultural.

Chambacú es un barrio de negros que empezó como asentamiento sin condiciones de vivienda, creció empobrecido y acabó arruinado. Sin embargo, su pensamiento mítico galvanizó la resistencia. Manuel Zapata Olivella agrega que, en medio de sus mitologías salvadoras, el negro “tocó los tambores, repitió los nombres de los dioses conocidos, sumó los de aquellos de

quienes nunca había oído hablar, cerró los puños, abrió los ojos y pronto las cadenas dejaron de oprimirlo” (1989: 111). Así no ocurrió con los habitantes de Chambacú. La máquina estatal en favor de inversores extranjeros fue potente y Chambacú desapareció definitivamente en 1972.

En febrero de 2016 visité lo que quedaba del terreno donde existió el barrio Chambacú, en Cartagena de Indias. Pude observar y recoger información oral de habitantes cartageneros mayores de 60 años. Sobre el terreno donde estaban asentadas las más de 900 familias de negros chambaculeros, hoy podemos ver la carpa roja del Circo ruso sobre el Hielo, el Edificio Inteligente y el Mall Plaza El Castillo, de inversores chilenos en el que se invirtieron 75 millones de dólares. El terreno no construido aún, propiedad de particulares, pertenece a la familia Araujo, linaje de delfines del Caribe colombiano.

Salida

En la cosmovisión afrocolombiana en obras como *Chambacú*, el pensamiento mítico del negro caribeño ha expulsado en gran medida el cristianismo al sótano de las cosas tibias. Entre las víctimas del cristianismo maceradas por sus intereses morales, falsa y doble moral, desde la Conquista las sociedades más pigmentadas han pasado de originarias a conversas, de humanas a morteras; hoy, como República, el cristianismo ha creado mentalmente una legión de borregos.

Actualmente, en el municipio de Miramar, en el Litoral Pacífico colombiano, las iglesias evangélicas han expulsado el cununo, el guasá, el bombo y la marimba y han dejado biblias. Es una suerte repudiable.

Notas

- * Tenga en cuenta el lector que Manuel Zapata Olivella publicó, pero en 1967, su novela *Chambacú corral de negros*, Medellín, Editorial Bedout.



Obra *Lady Málaga*, foto Álvaro Ruales

- 1 La mayoría de las ediciones de *Chambacú*, las referencias bibliográficas y las notas de prensa en torno a la fecha de nacimiento del autor que se estudia, refieren 1925 como año de su nacimiento. En entrevista personal con Clementina Álvarez de Ahumada, viuda de Régulo Ahumada, en Cartagena en marzo de 2017, me ha aclarado el año: 1919.
- 2 No hay claridad con la fecha de escritura y representación de la obra; sin embargo, parece que fue terminada alrededor de 1962; según la investigadora Lucía Ortiz, fue representada por primera vez en Cartagena en 1964. Clementina Álvarez de Ahumada, no la recuerda.

Bibliografía

- CARPENTIER, A. (1983). *El reino de este mundo*, España, Seix Barral.
- ESCALANTE, A. (1964). *El negro en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia / Facultad de Sociología.
- JARAMILLO, M. M. Y CORDONES-COOK, J. (2012). *Del Palenque a la escena: Antología crítica de teatro afrolatinoamericano*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- MÚNERA, A. (2010). *Manuel Zapata Olivella, por los senderos de sus ancestros. Textos escogidos*, Bogotá, Biblioteca de Literatura Afrocolombiana, Ministerio de Cultura de Colombia.
- RIZK, B. J. (1997). "El teatro afro-colombiano: ecos del África ancestral", en: *Tramoya*, 81-90, recuperado de: <http://cdigital.uv.mx/handle/123456789/4222>.
- VIMIEIRO GOMES, A. C. (2012). "La Venus Negra: el cuerpo como locus para la clasificación y diferenciación", en: *Revista de cultura científica Universidad Nacional Autónoma de México*, recuperado de: <http://www.revistaciencias.unam.mx/es/132-revistas/revistaciencias-105-106/1017-la-venus-negra-el-cuerpo-como-locus-para-la-clasificacion-y-diferenciacion.html>.
- WADE, P. (1997). *Gente negra. Nación mestiza*, Bogotá, Ediciones Uniandes.
- ZAPATA OLIVELLA, M. (1989). *Las claves mágicas de América*, Colombia, Plaza & Janés Editores.

Rodrigo Vélez Ángel es licenciado en arte dramático de la Universidad del Valle y candidato a magister en dramaturgia. Es creador de la plataforma editorial e investigativa Territorio y Dramaturgia con la agrupación teatral Dulce Compañía desde 2015. El fragmento aquí publicado hace parte de *Autores afrocolombianos: dramaturgia para la libertad y la escena*, finalista del 8.º Premio Nacional de Investigación y Gestión Cultural / Modalidad Estudios en Cultura.